



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Amor a la naturaleza

El éxito de la llamada segunda residencia es algo difícil de comprender. Tal vez, en lo más hondo de su conciencia pese en el ciudadano un deseo atávico irreprimible de retornar a los orígenes

Al llegar las vacaciones y en los fines de semana, muchas personas que viven en las ciudades se van, emigran por todo un mes o por unos días. Dicen: nos vamos al campo, o bien, nos vamos a la playa. Y se meten con toda la familia y el perro, si lo tienen, en sus automóviles, y forman grandes ataúdes, se irritan y hacen sonar inútilmente el claxon, y los más nerviosos intentan adelantar unos metros, y llegan a provocar algún accidente.

Cuando arriban a su destino, siempre con retraso, se instalan, ya sea en el campo o en la costa, en casitas construidas en parcelas, en apartamentos abigarrados de altísimos edificios o, desde hace pocos años, en lo que se ha dado en llamar hogares adosados, colocados de dos en dos o formando una larga tira de edificaciones unidas por medianeras, de dos pisos y con un pequeño jardín delante.

La vida que allí se hace suele parecerse bastante a la que se lleva en las ciudades. Quizás la casita, el apartamento o el chalet adosado sean algo mayores que la vivienda ciudadana que acaban de dejar. Quizás, pero eso no es lo corriente. Una vez descargado el coche, se suele dejar a la abuelita al cuidado de la casa y se inspecciona y limpia el jardín o el huerto, si lo hay. Las personas mayores se alejan poco de esa su segunda residencia, como no sea para charlar con los vecinos, ir a comprar a la llamada zona comercial de la urbanización o para tostarse como langostinos al borde de una concurredísima piscina o sobre un pequeño espacio de arena que esté libre aún en la playa. Salvo lo de la playa, el resto de tales actividades podrían desarrollarlas en la ciudad sin tener que pasar por el calvario que suponen los viajes de ida y vuelta.

El mero hecho de parcelar los bosques y construir desparramadas urbanizaciones en las zonas costeras o en el interior del país supone ya un cierto



desprecio por la naturaleza. Una parte del litoral o un bosque cuadriculado, cruzados por monótonas calles asfaltadas y desarbolados para poder construir, no son ya costas ni parajes montañosos del interior, son una deformación de la naturaleza, que incrementa

la polución del mar y de los montes y desfigura el paisaje.

Es notable el hecho de que las mayores aglomeraciones o reuniones de los tránsfugas de la ciudad se produzcan, tanto en el campo como en la costa, alrededor de bares, chiringuitos,

merenderos, quioscos, salas de fiesta y boites nocturnas. A la gente parece que le guste estar entre multitudes, ser empujada, reñir por quién pidió antes una consumición al camarero o discutir sobre el derecho a ocupar una mesa vacía.

El éxito que, pese a todo, ha alcanzado esta llamada segunda residencia, incluso en estos tiempos de recesión económica, es algo difícil de comprender. Tal vez, en lo más hondo de su conciencia pese en el ciudadano el deseo de un retorno a los orígenes, a la naturaleza, como un deseo atávico irreprimible. Eso lo saben y lo explotan las empresas urbanizadoras, pero tanto ellas como las personas que adquieren su segunda residencia saben que el objeto de tal compraventa no es un refugio situado en un idílico ambiente natural, sino un habitáculo más o menos bien construido situado en otra ciudad, en una ciudad a la que se podría llamar *ciudad bis* y que a medida que crece más se parece a la aglomeración urbana en la que el ciudadano tiene su residencia fija.

¿Qué es lo que le gusta a la gente, qué es lo que nos gusta? En el fondo, el hombre no ha perdido su condición de trashumante, y nos apetece movernos y cambiar de sitio. Así se justifica de paso el automóvil, ya inútil en la ciudad, y se puede preparar una paella fatigosa al aire libre o asar una paletilla de cordero en una barbacoa, y soltar al perro en el jardincillo, y sentar a la abuela en una sillita de tijera, y librarse de los niños dejándolos en la piscina o en la playa al cuidado de su madre, para poder ponerse morados de cerveza y de tapas en el bar más cercano, pensando ya en el regreso, en la embotellada carretera o autopista.

¿Eso es amor a la naturaleza? Será a la naturaleza urbanizada, al paisaje huizado que observamos a través de los cristales del automóvil, en ese nómada ir y volver de la primera a la segunda residencia.